

Insert Coin



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2018

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

© José Luis Garci, 2018

Sobrecubierta: © Miguel Navia, 2018

IBIC: DNF

ISBN: 978-84-16968-46-6

Depósito legal: M-11448-2018

Diseño y maquetación: Jesús Egidio

Corrección de pruebas: Pepoa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Insert Coin

José Luis Garci



Índice

Déjate de cuentos (A modo de prólogo)	9
La Gioconda está triste	19
La marciana	27
Efemérides	33
Aneurisma	41
Mendigos Warner Bros.	47
Mientras Venecia agoniza	61
Mnemos	67
Extraña condena	89
Si lo de la pelirroja no es nada	91
Sábado por la tarde	93
¡Bang!	109
Los mejores años de nuestra vida	117
Casita de muñecas	127

<i>Goodbye, baby</i>	129
Ciegos	137
Un milímetro	139
Sublime decisión	143
Ausencia	145
Navidades de película	149
Postal nocturna de Lisboa	159
Domingo de papá separado	161
Los padres magos	165
Un millar de capicúas	171
Vivir un cuento navideño	173
<i>Gun Moll (A Hollywood Story)</i>	181

Déjate de cuentos

(A modo de prólogo)

NUNCA HE SIDO muy de cuentos, ni siquiera de cuentos chinos, y, menos aún, de cuentos de viejas. Cuando era niño, mis padres jamás me contaron cuentos al acostarme. Me contaban películas. Mi madre, en particular, utilizaba con mucha frecuencia la expresión «Déjate de cuentos». Por ejemplo, cuando yo trataba de justificar mis malas notas en Conducta, asegurándole que todos hablábamos en clase pero que la profesora solo se fijaba en mí, entonces ella decía: «No me lées y déjate de cuentos». A pesar de estos antecedentes, soy un gran aficionado a leer relatos. Me entusiasman las narraciones de Somerset Maugham (pronúnciese *Moom*) y Chéjov, de Maupassant y Borges, de O. Henry y Bradbury, de Roald Dahl y Fredric Brown, incluso me lo paso muy bien con las *short stories* del llamado «realismo sucio», Carver a la cabeza. Pero también he disfrutado muchísimo con cuentos de escritores españoles, sobre todo

con *Vidas sombrías*, de Baroja, y con los que escribieron Medardo Fraile, Ignacio Aldecoa, Paco Umbral o, antes, el gran Bécquer o la no menos extraordinaria Pardo Bazán.

Nunca he olvidado el impacto que me causaron «La intrusa» (Borges), «Don Sabelotodo» (*Moom*), «Mari Belcha» (Baroja), «Mientras siga brillando la luna» (Bradbury), «La última noche» (Salter), «El Horla» (Maupassant), «Un buen día para el pez plátano» (Salinger), «Bartleby el escribiente» (Melville), «Maese Pérez, el organista» (Bécquer) o «Los asesinos» (Hemingway).

Con *Insert Coin*, ya lo dice el título, pueden elegir ustedes las historias que más se acerquen a sus gustos, y sin tener que meter moneda alguna. He recuperado viejos cuentos de ciencia-ficción, de terror, de humor, melancólicos, románticos, autobiográficos, también de esos en los que no pasa nada, y hasta «pornográficos». Hay relatos de mi primer libro, *Bibidibadibú*, que publiqué en 1970, es decir, en el Antiguo Testamento; así mismo, he reunido algunas aventuras de Adam Blake, ese malhumorado periodista tan superado por el progreso y tan influido por Pat Hobby. Algunas narraciones fueron premiadas, como «Los mejores años de nuestra vida», y otras nacieron ya en el olvido, que fue el caso de «¡Bang!», mi favorita, y de la que, antes de que le echen ustedes un vistazo, advertirán que les he secreteado su gestación. Las hay, en fin, que tuvieron la suerte de ser llevadas a la pantalla: «La Gioconda está triste» (por mi querido Anchón Mercero), o «Mnemos», que filmé yo mismo.

Bien contado, ya lo dice el refrán, no hay cuento malo. El secreto está en que la idea sea brillante, y luego, claro, en narrarla con habilidad. Hay opiniones para todos los gus-

tos de cómo deben escribirse los cuentos. Léidos con atención los mejores relatos de los maestros, no hay duda, para mí, de que la clave está en la amenidad. Estoy convencido de que *SÉ AMENO* fue el undécimo Mandamiento que Jehová entregó a Moisés en el Sinaí, y que, debido a algo que se me escapa —aunque los Monty Python seguro que lo conocen—, la Consigna se extravió, o iba en una Tabla aparte y se le cayó de las manos (como me chismorreó Mel Brooks) al gran Mago del pueblo hebreo, que lo mismo proporcionaba diariamente a los suyos bolsas de comida (el maná), que lograba que se abrieran las aguas del Mar Rojo. *SÉ AMENO*. Qué bien habría quedado la Sugerencia en el pelicolón de DeMille, en medio de aquellos tremendos efectos especiales.

Estoy feliz de que estas veinticinco narraciones, desperdigadas por mi vida, vean otra vez la luz. Gracias, pues, muchas gracias, a la editorial Reino de Cordelia, y a Jesús Egido, su gran capitán. Es curioso, las historias de *Insert Coin* pertenecen todas al siglo pasado, cuando yo me dedicaba intensamente al cine y no a la escritura, salvo los guiones. Al principio, a lo que yo aspiraba era a ser Truman Capote o Joe Liebling, mucho más que Leo McCarey o Billy Wilder. Es obvio que no logré aproximarme a ninguna de las dos opciones. Sin embargo, quiero que sepan que, durante décadas, y esto sí viene a cuento, en mi pasaporte se podía leer escritor y no cineasta.

Todos los cuentos van fechados en el año de su redacción. Así se puede comprobar fácilmente lo poco que he ido mejorando.

Por último, quiero confesarles que hoy es un día muy especial para mí. He vuelto a teclear en mi querida máqui-

na Olympia (modelo Mónica). Me la regaló mi padre en 1965. Con ella he escrito todas mis películas y, cómo no, también estos relatos de *Insert Coin*. Aporrear mi querida «máquina del tiempo» es algo que no había hecho desde hacía tres o cuatro años. La cosa es que me he ido acostumbrando a escribirlo todo a mano, con lo que hoy mi letra, ya de por sí confusa, puede competir de tú a tú con los enigmáticos garabatos de los médicos del Seguro. Soy —o era— un buen mecanógrafo. Aprendí en la Academia Caballero allá por los primeros sesenta. Eso sí, no pude hacerme con el título del «Método ciego», que se me resistió como tantas y tantas mujeres que me gustaron. Doscientos cincuenta, casi trescientas pulsaciones por minuto, ese ha sido mi límite. Pero he acariciado teclas de Underwoods —en la redacción de la revista *Cinestudio*—, de Lexicons 80 —cuando trabajaba en el Banco Ibérico—, incluso de Smith Premiers —en las oficinas de la Academia Auxiliar Militar de Villaverde, cuando era soldado y servía a la Patria.

Termino. Ahora (y juro por Dickens que este prólogo no va a convertirse en el cuento de nunca acabar); ahora mismo, decía, tengo una sensación de extrañeza tecleando otra vez mi Olympia. Es como si empezara a vivir una experiencia nueva, misteriosa. Percibo como si varios relámpagos alumbraran mi cerebro. Como un derrame memorial. Más sorprendente todavía: me siento en cinta. Y no es ningún cuento, mamá.

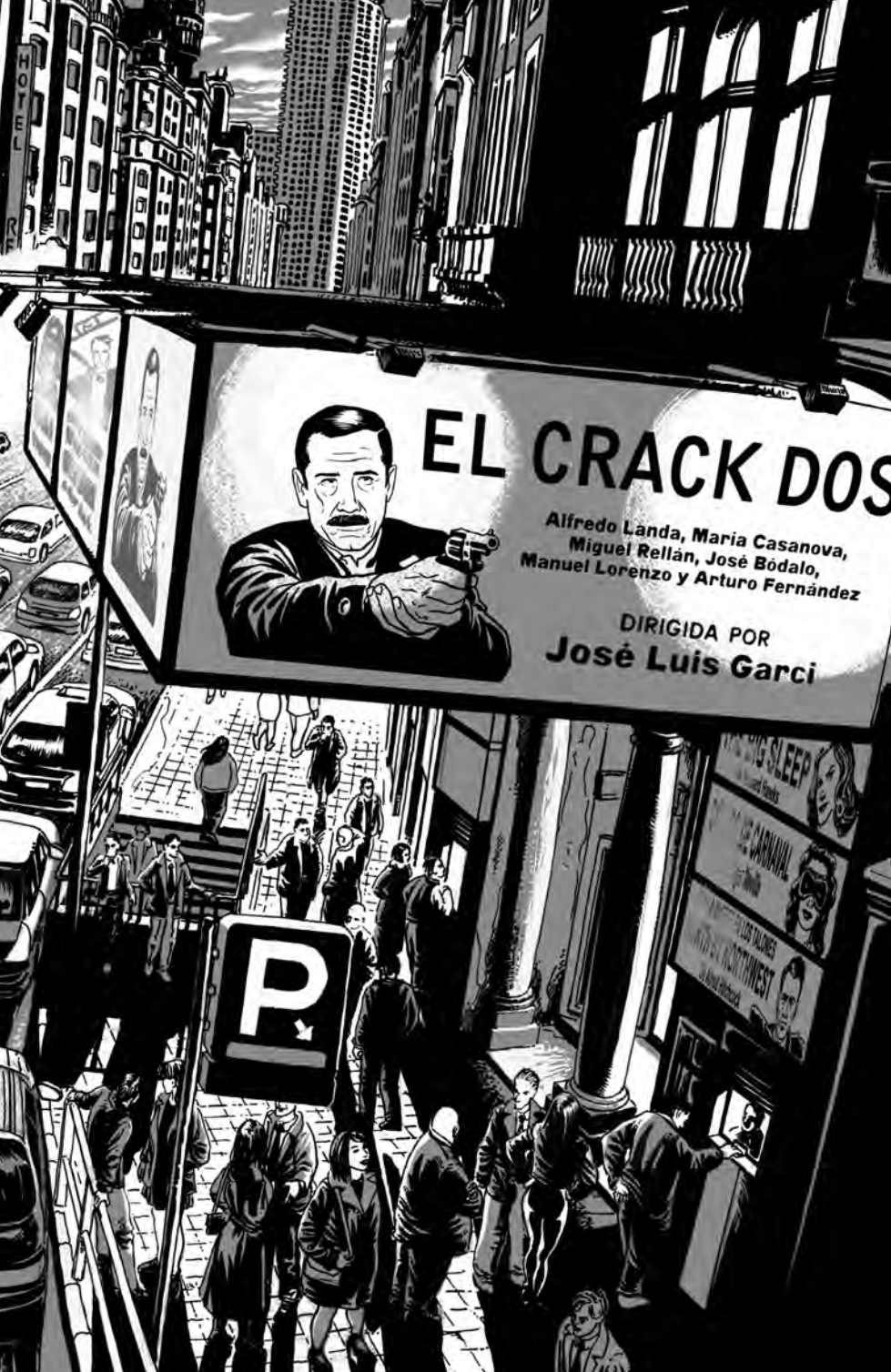
J. L. G.

Madrid, 17 de diciembre, domingo, de 2017

Insert Coin







HOTEL



EL CRACK DOS

Alfredo Landa, Maria Casanova,
Miguel Rellán, José Bódalo,
Manuel Lorenzo y Arturo Fernández

DIRIGIDA POR
José Luis Garci



...ING SLEEP
...CARNIVAL
...LOS TAJALES
...NORTHWEST

A Dante Gistau, que es del Atleti,
y a David Gistau, que lo fue.

«La Gioconda» está triste

Para Luis Eduardo Aute

«Era algo mucho más divino que humano contemplar su sonrisa».

GIORGIO VASARI

TODO EMPEZÓ en una ciudad llamada París. En un museo de esa ciudad llamado Louvre. Con una pintura de ese museo llamada *La Gioconda*.

Un vigilante nocturno fue quien primero lo advirtió. Sucedió así: estaba haciendo su última ronda cuando, al llegar a la mitad de la galería, la mirada de *ella* le dejó petrificado. Era muy extraño. Aquella mujer, en unas horas, había perdido toda su belleza, toda su serenidad, todo aquel aire —tan misterioso, por otra parte— de grandiosidad que emanaba de su semblante.

El vigilante se frotó los ojos con las manos y volvió a mirar. Sí. No había duda. Ante él, a un metro escaso, estaba «otra» mujer. De gesto duro, amargo. Con una mueca, entre patética, desolada y sádica, en lugar de su famosa sonrisa.

El director del museo apenas tardó diez minutos en llegar. Se notaba en que se había vestido precipitadamente:

venía sin corbata y con el chaleco a medio abrochar. En realidad, no creyó una palabra de cuanto le había comunicado el vigilante por teléfono. Lo que se temía es que aquel hombre se hubiera vuelto loco e hiciera una barbaridad, si no la había hecho ya.

Al «verla» no pudo reaccionar. Era cierto. Sorprendente y absurdamente cierto. No sonreía.

Eso era todo.

El director del museo tembló ligeramente; su cabeza empezó a dar vueltas, unas vueltas muy lentas, y su frente y sus manos se llenaron de sudor. Luego, algo más tranquilo, marcó el número del ministerio de Cultura.

Media hora después, un lujoso coche negro se detuvo ante la entrada del Louvre. Del automóvil bajó, muy deprisa, un señor elegante y con cara de sueño, y dos hombres más, sin duda, escoltas. Haciendo caso omiso de las reverencias, el ministro subió la escalinata de dos en dos peldaños. Al llegar junto a *La victoria de Samotracia*, el pequeño cortejo corría ya sin disimulos.

El grupo se detuvo ante *La Gioconda*. El hombre elegante y con cara de sueño, el ministro de Cultura y Educación, despacio, se acercó al cuadro. Lo miró detenidamente. Al cabo de un buen rato pareció sentirse mal y retrocedió un paso; tuvo náuseas y pidió un vaso de agua; se lo bebió de un trago. Después dio la orden de cerrar el museo. Y, por último, se fue con sus escoltas.

SEMANAS MÁS TARDE, en la página de «Informaciones pintorescas» de un periódico de Rhode Island, apareció una noticia bastante curiosa. Venía a ser algo parecido a esto: «Una reproducción de la admirable *Gioconda*, de Da Vinci, que se halla en el museo de Providence —una copia de escaso valor—, ha aparecido, en la mañana de ayer, sin su sonrisa habitual. Por el contrario, se encontraba como enfadada».

Desde luego, la noticia pasó inadvertida. Aquel periódico no era importante; solo se distribuía en algunos países occidentales. Lo que no se podía negar era la excelente calidad del material gráfico que acompañaba la información. Las fotografías de aquella triste *Gioconda* —«La Gioconda está triste», se titulaba el reportaje—, en excelente color, no parecían manipuladas, y, si lo estaban, era un truco excepcional.

Algún otro periódico —ya de tirada normal, es decir, todo el planeta— volvió sobre lo mismo; y luego, otro más. Total: que se creó el conocido *estado de opinión*. La televisión, los tebeos y los organismos continentales y mundiales de psiquiatría (poderes infalibles), exigieron enérgicamente que el museo parisino abriese sus puertas —el Louvre entonces se hallaba cerrado porque, según se informaba, estaban llevándose a cabo grandes reparaciones—, para que todos pudieran ver qué ocurría con aquella dichosa pintura de Leonardo.

No hubo más remedio. El ministro de Cultura, Monsieur Godard, dio orden de que entrase un amplio grupo de representantes de todos los poderes, incluidos los económicos. Y millones de personas —todo el mundo, prác-

ticamente, porque se hizo una conexión especial—, vieron el rostro serio de *Monna Lisa*.

La Ciudad de la Luz fue invadida por un ejército de peritos y técnicos llegados de todos los países. Se analizó el cuadro cien veces. Mil. Pero fue inútil. Quedó claro, eso sí, que la pintura no había sido falsificada. El cuadro del Louvre era el mismo retrato que Leonardo le había hecho, en 1503, a *Monna Lisa* del Giocondo, también conocida como Constanza d'Avalos, duquesa de Francavilla.

Se produjo un tumulto tremendo en los medios de comunicación. Casi al instante, telegramas y llamadas de museos de los cinco continentes —en casi todos ellos había reproducciones del célebre cuadro— anunciaban que «sus» Giocondas, de repente, se habían puesto serias, tristes, raras...

Acudieron entonces a París muchos pintores, de todos los estilos. Retratistas y vanguardistas, figurativos y abstractos, se daban la mano, sin fiarse. Era difícil prever a qué estilo iría mejor la «nueva» *Gioconda*. Todos coincidían, sin embargo, en una misma idea: querían recoger la nueva mueca o expresión, o como quisiera llamársele, de la «mujer».

Imposible. Al llegar a los ojos, a la boca, a la nariz, el pincel no obedecía. Sencillamente eso: el pincel trazaba otro rasgo, otra cara. Y llegaron los aficionados y los pintores de domingo. Gente que nunca había atrapado con su pulgar una paleta intentaba la aventura. Sin suerte, por supuesto.

A alguien de una emisora de radio se le ocurrió la idea de pintar, de nuevo, a la antigua mujer, tal y como la inmor-

talizara Leonardo. Pero tampoco se pudo. No existía ya, en ningún país, grabado, fotografía o libro de arte que conservase aquella inmóvil, sonriente y ambigua y misteriosa máscara de la dama italiana.

Durante una semana, la prensa, la televisión, los comunicólogos de los *mass media*, los sociólogos, incluso los médicos, los sacerdotes y los políticos, dieron toda clase de teorías para explicar el fenómeno. Se buscaron miles de argumentos, de motivos... ¿Qué rayos ocurría con aquella criatura de cejas depiladas, rostro redondo, mirada vaga, fija e inaccesible? Era un enigma... Pero ¿acaso ella no venía representando para el ser humano, desde hacía varios siglos, precisamente eso que definimos como el misterio?

UNA MAÑANA, una mujer, al decir «Buenos días» a su vecina, se dio cuenta de que no podía sonreír. Era terrible. Lo volvió a intentar. Nada. Hizo más esfuerzos. Daba igual. Lo que descubrió después fue más grave aún. Recordó que no había visto reír a nadie en las últimas veinticuatro horas.

Más tarde, otras personas también advirtieron aquello.

Los hombres miraban a sus mujeres de forma extraña; y estas a sus maridos, novios y amigos con el mismo desconcierto. Hasta los niños salían de los colegios sin alborotar, en perfectas filas de a dos, en completo silencio, y así se comportaban hasta que llegaban los autocares que los llevaban a sus casas.

UNA NOCHE se dio la noticia. Se había perdido la risa. El planeta había dejado de reír. Pocas horas más tarde, personas de todas las condiciones sociales y de cualquier edad, se sintieron *diferentes*. Y es que el nuevo gesto —idéntico, exacto— de la «Mujer» (así se la llamaba) fue reproduciéndose en la cara de los viejos, de los jóvenes y de los que morían o acababan de nacer. El mundo se pobló con ocho mil millones de *Giocondas* tristes.

Los gobiernos intentaron remediar y aquello durante algún tiempo. Cirujanos plásticos trataron de cambiar los rostros, de borrar aquella expresión que, día a día, se volvía más terrorífica. Pero también fue inútil. Terminadas las intervenciones quirúrgicas, cuando se quitaban las vendas y algodones, allí estaba *ella* en los rostros de los y las que se habían operado.

Se proyectaron en todas partes películas cómicas. Películas que estaban olvidadas desde hacía años y años, en polvorientas filmotecas, en las videotecas de las televisiones. Volvieron a verse, en las paredes-pantallas de las casas, los rostros embadurnados de tartas, las carreras, los golpes, los resbalones. Algo que podía haber hecho sonreír, e incluso reír, a chicos y grandes. Pero aquellas películas no eran como contaban los libros: no había resbalones; ni golpes; y cuando alguien tiraba un pastel a Oliver Hardy, este, presintiéndolo, se agachaba, y la tarta se estrellaba en la pared.

Hubo otros intentos con los payasos... Pero los Pierrots y los Augustos, vestidos con ropas anchas, pintarrajeados con kilos de maquillaje, no podían actuar. Y por más que lo intentaban, sus piruetas eran, en todo momento, perfectas, precisas, sin ningún titubeo.

AL DAR UNA VUELTA en la cama, la mujer dijo: «Esto es el fin»; el marido, aunque estaba despierto, no contestó. Pero ya no pudo dormir.

Nadie había recordado aquellas palabras de Walter Pater sobre la *Gioconda*: «... Suya es la cabeza sobre la que todos los fines del mundo se acumulan y sus párpados están algo cansados...».

Poco a poco, lentamente, muy despacio, el planeta —la Humanidad— fue deteniéndose, muy despacio, lentamente, poco a poco.

Y cuando ya nadie creía en nada, cuando ya nadie pensaba nada, alguien lanzó la idea. Y como era la única idea que había en el mundo, se aceptó. Fue algo sencillo. Una ocurrencia muy simple. Todos, a un tiempo, ante sus pantallas —sincronizadas a la misma hora, en el mismo segundo—, intentarían, con todas sus fuerzas, crear, producir una sonrisa.

Llegado el momento, el locutor anunció:
—¡Ahora, intentémoslo ahora!...

Hubo una prolongada pausa. Después, la Tierra estalló hecha pedazos en un trillón de carcajadas.

[1966]

La marciana

SE LLAMABA TOM. Tenía treinta años. Y deseaba vivir en paz en Marte. Eso era todo.

Cuando la gente de la NASA le propuso el viaje, no lo dudó. Y no por el hecho de ser el primer hombre que fuese a Marte. No. Qué va. A Tom eso le traía sin cuidado. Aceptó porque estaba cansado de vivir en medio de ciudades estúpidas y de empleos estúpidos, de relacionarse con hombres estúpidos y de hacer el amor con mujeres más estúpidas aún, y de leer libros estériles, ver una televisión alienante y escuchar radios monótonas... Aceptó para huir de un mundo sin apenas bosques (todos los talaban para hacer carreteras, edificios, carreteras, edificios...), sin apenas flores, sin columpios, sin «Buenos días, ¿ha visto qué día tan maravilloso tenemos...?». Aceptó porque no quería dejar hijos en ese planeta azul; porque no quería que un día (o una tarde, o una noche, o una madrugada) le echaran encima aquella tierra yerma. Sentía vergüenza de

pertenecer a un odioso universo de engaños, envidias, resentimientos...

Aceptó, simplemente, porque estaba harto de la Tierra.

* * *

EL SOL SURGIÓ, muy despacio, entre unas montañas azules.

Un poco más tarde, los rayos fueron extendiéndose, ya más veloces, sobre la rojiza llanura marciana, y, luego, a través de los largos, rectos y frescos canales. El sol siguió extendiéndose hasta que uno de sus rayos despertó a Tom.

Abrió los ojos y sonrió. Había dormido profundamente, sin ningún sobresalto, la noche entera. Había dormido como no recordaba haberlo hecho nunca antes. Ni siquiera cuando era niño. Se levantó feliz y se puso a silbar una vieja melodía de Bob Dylan:

*«How many roads must a man walk down
Before you call him a man...?»¹*

Mientras silbaba, comenzó a prender fuego al cohete y a todo lo que había dentro. Cuando la plateada nave era una hoguera, dio vueltas y más vueltas a su alrededor, como los indios en los *westerns*. También arrojó a las llamas su documento de identificación. Y mientras su fotografía se iba quemando, mientras su rostro desaparecía, se sintió sorpren-

¹ ¿Cuántos caminos debe un hombre recorrer para que lo tengáis por hombre?...

dentamente alegre. Le pareció que allí no solo se quemaba su forma de vivir, sino que ardían siglos de prejuicios. Era estupendo, pensaba, quemar un mundo en veinte segundos.

Cuando ya no quedaba nada del cohete, aspiró con fuerza el aire marciano, que sabía a miel, y echó a caminar, silbando.

Allá a lo lejos, como una verruga de mampostería, se hallaba el pequeño pueblo. Sus casas eran de una planta y estaban rodeadas por los frescos canales; de los frondosos y amarillentos bosques, llegaban olores a jengibre; y en el pequeño lago, tan limpio y tan azul como el propio cielo, se deslizaban las pequeñas embarcaciones de cristal.

Era un día espléndido. Una preciosa mañana de primavera marciana. El planeta rojo parecía vibrar con el canto de los pájaros y el olor a limón que desprendían las plantas. Era inútil intentar analizar, buscar teorías o interpretaciones al porqué de aquella belleza. Tom respiraba sosiego, como si estuviera dentro de una pintura de Vermeer o Velázquez. Nunca se había encontrado tan relajado. Y, además, algo sedante, embriagador, eufórico, le envolvía.

Tom era tan feliz que ni siquiera se asustaba de saberse tan feliz. Tom estaba enamorado. No menos que Romeo de Julieta o Rick de Isla. El día anterior, el de su llegada, Tom había conocido a H-Lou. ¡Oh, H-Lou...!

Tom y H-Lou habían paseado durante toda la tarde. H-Lou le había presentado a sus amigos, le había mostrado sus paisajes, le había revelado sus recuerdos. En un segundo, con una sola mirada, H-Lou le había hecho comprender todo sobre ella. Y Tom no tuvo necesidad de explicarle quién era.

Ella sonreía.

—H-Lou, te quiero, te quiero... —Y el eco repetía las palabras de Tom mil, un millón de veces, a lo largo y ancho de los valles y las montañas naranjas.

H-Lou le acariciaba. «Allí ya no saben lo que es una caricia», pensaba Tom. Y de los grandes y dorados ojos de la mujer salían también, mil, un millón de palabras de amor, como en una cantata de Bach.

¡Oh, H-Lou...! Era imposible no adorar su cabello ámbar pálido, sus ojos de oro, sus labios rosados, unos labios en los que uno podía adormecerse mientras los besaba. Y su olor. Ella olía a amor, a la Navidad de su infancia. Y su sonrisa. Aquella sonrisa suave que se extendía, entre ríos de plata y desiertos de algodón, por un mundo coloreado con sus sueños.

Sí. Claro que sí. La quería. La amaba. La necesitaba. Necesitaba a H-Lou como jamás pudo imaginar que necesitasen los seres humanos.

Tom tenía grandes planes. Trabajaría la tierra, aquella hermosa y blanda tierra. Vería salir el sol todos los días. Tendría hijos. Sus hijos serían marcianos. Y ello le alegraba aún más. Pescaría con ellos en los canales. Y por las tardes, a la hora del crepúsculo, escucharía las músicas delicadas y melancólicas que cantaban las mujeres...

Hasta que llegase otra expedición pasaría mucho tiempo. Quizá hasta era posible que no vinieran más. Ojalá.

H-Lou, te quiero, te quiero..., cantaba Tom, mientras caminaba entre los árboles de verde malaquita.



H-LOU ESTABA SENTADA en el porche de su casa. Leía. Al ver acercarse a Tom, cerró el libro. Y su aliento, y el paisaje, y su sonrisa, se mezclaron con el aire...

Saludó a Tom con la mano. Pero cuando Tom se acercó más, la cara de H-Lou perdió su alegría, que fue deshaciéndose, lenta y suavemente, en la fresca atmósfera de aquella incomparable primavera.

La marciana abrió mucho los ojos y, rápidamente, empezó a llorar. Sus doradas lágrimas, con olor a mundo infeliz, caían al suelo y producían sonidos de tristeza y amargura.

Tom no comprendió qué ocurría. Hasta que H-Lou le tomó una mano y, sin dejar de llorar, le condujo a un canal largo, recto, casi transparente. Tom seguía mirándola. Presintió que su alma se vaciaría en pocos segundos. Así fue. Quiso hablar. Pero de sus labios no salió nada. Solo un río de aire, un río de impotencia y fracaso.

Las lágrimas de H-Lou habían inundado su cara. Se esparcían por el canal depositando en este unas ondas pequeñas que, poco a poco, iban agrandándose. Hasta que una de esas ondas, finalmente, dejó paso a la figura de Tom.

Allí estaba él, reflejado en el canal, con el pelo blanco, con sus hombros encorvados, con su cara llena de docenas de arrugas, con sus manos agrietadas a punto de quebrarse.

Tom dio un paso atrás. No dijo nada. Pero comprendió que iba a morir, que ya estaba muerto.

Había envejecido sesenta, setenta años (todos los años) durante la noche marciana. Todos los años en unas horas.

Toda una vida a cambio de un sueño tranquilo, de unas caricias, de una sonrisa, de un beso.

El *viejo* Tom comenzó a llorar en silencio. H-Lou también seguía esparciendo ondas doradas en el canal.

Un leve viento abrazó con cariño los rostros de ambos. Era un viento con mil memorias. Un viento que traía el olor de los largos, inacabables viajes a través de las brillantes estrellas, de billones de astros, de infinitos silencios. Era el viento del recuerdo.

Casi al instante, Tom murió.

* * *

H-LOU LO ENTERRÓ al anochecer. Luego, muy triste, se alejó cantando la vieja balada de Bob Dylan que le había escuchado a Tom la primera y única noche que pasaron juntos.

*«How does it feel,
How does it feel,
To be without a home,
Like a complete unknown
Like a rolling stone...».*²

[1967]

² «¿Qué se siente?, ¿qué se siente?
al estar sin un hogar,
como un completo desconocido,
como un canto rodante...».

Efemérides

INGOLSTADT, NOVIEMBRE, 1870.— El joven doctor Víctor Frankenstein, que durante varias semanas ha permanecido encerrado en su laboratorio, dio fin, en la madrugada de anteayer, a sus extraños trabajos de cirugía. Ahora ya puede afirmarse que su intención no era otra que la de crear artificialmente una criatura humana, propósito este que, si se da crédito a los insistentes rumores que circulan entre el vecindario, parece haber logrado.

Según noticias llegadas durante todo el día de ayer a nuestra Redacción, el doctor Frankenstein, utilizando material e instrumentos eléctricos de su propia invención, logró ir ensamblando diferentes miembros de cadáveres hasta completar un *ser humano*. Este, aseguran testigos presenciales, era espantoso. Al parecer, huyó del laboratorio del cirujano —situado en un viejo castillo a las afueras de la población—, en la madrugada última, pocas horas antes del amanecer. Varios testigos han asegurado que la *criatura*

mide no menos de ocho pies^{*}, siendo todos sus miembros proporcionados: piel amarilla, cubriendo escasamente la red interior del músculo y arterias; cabello negro, lustroso y algo ondulado. Sus dientes —siguen asegurando los testigos; testigos un tanto lejanos, hemos de aclarar, ya que han reconocido estar situados a casi cien metros de «la criatura»—; los dientes, dicen, tenían la blancura de la perla, pero esta belleza no hacía sino resaltar el horror de sus ojos acuosos, que parecían del mismo color que las blancuzcas órbitas que los sujetaban a sus apretados (casi como cosidos) labios negros y a su arrugada piel.

Hasta el momento, no se sabe nada más de este desconcertante suceso. Sin embargo, no sería muy aventurado pronosticar que todo ello no sea sino producto de la fantasía e imaginación —cada día más desatada en nuestra época— de algunas personas. Aunque tampoco hemos de ignorar que la mayor parte de Ingolstadt se halla seriamente preocupada y asustada por el caso. Un acontecimiento que, por sus insólitas características, se extiende rápidamente a lo largo de toda la región.

Por su parte, el doctor Frankenstein, un médico animoso que había llegado meses atrás a nuestra ciudad con el propósito de investigar sobre la vida y la muerte, no ha hecho ningún tipo de declaración. Según sabemos, padece un agudo ataque de nervios. Como nota curiosa (y sin ninguna relación con lo anterior), añadiremos que mañana contraerá matrimonio Frankenstein, o esa era su idea.

* N. de la R.— Nos parecen exagerados esos dos metros y medio de altura. ¿No sería cualquier otra cosa la que vieron los testigos? (De todas formas, en este asunto, es deseo del periódico quedar por completo al margen).



VARIOS DOCTORES ingleses y algunos fisiólogos alemanes no juzgaron imposible, en su día, los hechos en que se basó la narración *Frankenstein, o el moderno Prometeo*, de la poetisa Mary W. Shelley, hija del que fue conocido sociólogo inglés William Godwin y de la señora Wollstonecraft, también famosa por su ejemplar labor de reivindicación de los derechos femeninos —su libro *Derechos de las mujeres* alcanzó una enorme difusión durante los últimos años del siglo XVIII—.

La novela de Mary Shelley, considerada erróneamente durante muchos años una historia de terror (como la mayoría de sus compañeros pertenecientes al catálogo de las figuras del horror y del espanto, Mary fue una herencia del romanticismo), sería precursora de uno de los más apasionantes caminos dentro de la literatura entonces conocida como de ciencia-ficción y, naturalmente, de la ciencia.

En 1823 (cinco años después de publicarse la novela) aparece la primera versión teatral: *Presumption of the Fate of Frankenstein*. A mediados del siglo XX, la historia del hombre que «inyectó la chispa de la existencia en aquella insensible cosa que yacía a sus pies», había sido llevada al cine en más de quince ocasiones. La primera versión cinematográfica, que data de 1910, se tituló *Frankenstein*, y fue dirigida por J. Searle Dawley para la Edison Kinetogram. Las mejores adaptaciones aún siguen siendo las que llevó a cabo el inglés James Whale por encargo de la compañía norteamericana Universal International, *Frankenstein* (1931) y *Bride of Frankenstein* (1935). Por lo menos, son estas las que

han seguido perdurando, un tanto románticamente, en el recuerdo de las gentes, gracias, claro está, a las innumerables proyecciones ofrecidas en los museos cinematográficos.

A pesar de que hoy pueda resultarnos pueril o ingenua la narración de Mary Shelley (fue, como se sabe, elegida texto escolar para los niños hace unos años), no podemos por menos de admitir que todavía sigue siendo evidente su valor visionista.



STUTTART, FEBRERO, 1909.— A consecuencia de un accidente ferroviario, el conocido pianista Orlac, considerado actualmente como el más grande de los concertistas (y virtuosos), el «nuevo Liszt», como lo llaman los críticos, ha perdido sus manos. Tan triste desgracia no parece tener solución médica.

KÖLN, MARZO, 1909.— El famoso pianista Orlac, ingresado hace una semana en la clínica Mektt, fue intervenido en las primeras horas de la mañana de ayer, jueves, por el prestigioso cirujano rumano Trajan Ionescu. Le fueron trasplantados a los muñones de sus extremidades superiores las manos de un hombre fallecido escasos minutos antes de la operación. Concretamente, dichas manos pertenecían a Igor Wegener, un asesino ejecutado en la horca y cuyo cadáver va a ser utilizado para prácticas de anatomía en las clases de la Facultad de Medicina de esta ciudad.

BERLÍN, MAYO, 1909.— El horrible crimen cometido por el pianista Orlac (en la persona de una corista del cabaret Paraíso, Lotte Dagover) no va a serle imputado al conocido músico. Según ha declarado anoche un portavoz de la policía, *no ha sido Orlac quien cometió el asesinato, sino ¡sus manos!*

LA NOVELA del escritor francés Maurice Renard *Les mains d'Orlac* planteó, a comienzos del siglo XX, la posibilidad de poder injertar órganos de unos seres humanos en otros, y, además, las consecuencias que este trasplante podría traer consigo, tales como provocar que se transmitiesen no solo los miembros, sino también los instintos e ideas de ese otro ser. La obra de Renard es todavía más ingenua —para nuestra mentalidad— que la de Mary Shelley. De todas formas, sus balbuceos proféticos tienen cierto encanto. Y no olvidemos tampoco que en esta ocasión, una vez más, el género literario (la ciencia ficción) se adelantó a la ciencia.

La novela gozó de gran fama. Fue llevada al cine y a la televisión en numerosas ocasiones, aunque no con fortuna. Los expertos de entonces —como nos cuentan las primitivas historias del cinema— destacaron la primera versión de 1924 (muda, naturalmente), dirigida por Robert Wiene, con un guion —siempre superior a la realización— de Ludwig Nerz, e interpretación de Conrad Veidt. Se tituló *Orlacs Hände*. De 1935 data otra versión —no muy acertada, siempre en opinión de los expertos de aquellos años—, a cargo de Karl Freund, titulada *Mad Love*. Edmond Gréville firmará una nueva pelí-

cula, en 1961, basada en el libro de Renard, *Les mains d'Orlac*, sin ningún éxito.

* * *

CIUDAD DEL CABO, ENERO, 1968.— El doctor Christian Barnard, al frente de su equipo médico, practicó en la tarde de ayer el segundo trasplante de corazón al dentista Phillip Blaiberg, utilizando el corazón de un mulato que acababa de fallecer víctima de una hemorragia cerebral en una playa de la ciudad.

El doctor Barnard, como se recordará, fue el mismo cirujano que realizó, el 13 de diciembre de 1967, el primer trasplante de corazón en una de las salas de operaciones del entonces desconocido Medical Centre Groote Schurr—exclusivamente para blancos— a Louis Wahskanski, un comerciante de ultramarinos de Ciudad del Cabo, Sudáfrica, que padecía una insuficiencia cardíaca terminal. Wahskanski vivió durante dieciocho días. Una neumonía acabó con su vida y entristeció aquel avance médico que se tildó de milagroso.

LAS NOTICIAS sobre trasplantes de corazones ocuparon las primeras páginas de todos los periódicos y las portadas de todas las revistas del mundo. Miles y miles fueron los artículos que se escribieron sobre este tema en aquellos «prodigiosos sesenta». La figura de Blaiberg alcanzó un relieve extraordinario. Por los reportajes y documentos cinematográficos de entonces, no es difícil advertir en aquel hombre

una asombrosa serenidad y entereza. Su muerte, en octubre de 1969, causó hondo pesar entre sus contemporáneos.

Sobre este tema de los trasplantes existió amplia polémica. Recordemos lo que manifestó entonces el alemán Werner Forssman, cardiólogo eminente, premio Nobel: «Es una escena estremecedora la que ofrece un grupo de médicos y cirujanos esperando *no* salvar a un enfermo, sino a que *muera* para deshacer su cuerpo». En la *Komsomolskaya Pravda*, de Moscú, se llegó a más: «Podemos imaginar un grupo, una mafia, que asesine personas para vender sus órganos en el mercado negro de la medicina». Mientras, un semanario norteamericano anunciaba ya una bolsa de estraperlo de corazones.

Los presagios, desde luego, no fueron muy desencaminados.



PARÍS, ABRIL, 2043.— Resulta alarmante la oleada de *suicidios* que, en los últimos meses, sufre el planeta. Rebasa ya los cinco millones el número de *accidentes*, *incendios*, *caídas desde edificios*, etcétera. El descubrimiento del doctor Roulit Frehtai, en contra de lo que se podía esperar, no ha sido sino una nueva vía de escape —la peor, sin duda— para unas personas que no se contentan ya más que con estos hechos tan dolorosos.

¡QUIÉN IBA A DECÍRSELO a aquella escritora norteamericana sin excesiva calidad literaria, Janet Fox, que planteó en su

novela *Solo por diversión* un mundo donde había sido descubierto un tratamiento especial para hacer vivir, nuevamente, a personas que hubieran fallecido en accidentes!... El «remedio», en la historia de Janet Fox, servía únicamente para el *primer* accidente... ¿Quién iba a decirle, insistimos, a Miss Fox que algún día sus predicciones serían realidad? Lo cierto es que el descubrimiento del doctor Frehtai va más allá todavía. Prácticamente, puede decirse que ya no existe, salvo en casos extremos (o vejez), la muerte.

No obstante, resulta incómodo que, en el instante más inesperado, el hijo, la madre, o cualquier miembro de la comunidad, se arroje por la ventana, o desde un avión..., para *sentir* la muerte.

* * *

[EXTRACTO DE NOTICIAS REDACTADAS POR EL *AMERICAN HERALD* CON MOTIVO DE CUMPLIRSE EL DÉCIMO ANIVERSARIO —10 DE DICIEMBRE DE 2056— DEL PRIMER TRASPLANTE DE VIDA ANIMAL A VIDA VEGETAL. FOTOGRAFÍAS Y FILMS CEDIDOS POR UNIV-PRESS. PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN, TOTAL O PARCIAL, DENTRO O FUERA DEL PLANETA, AUN CITANDO LA PROCEDENCIA].

[1969]